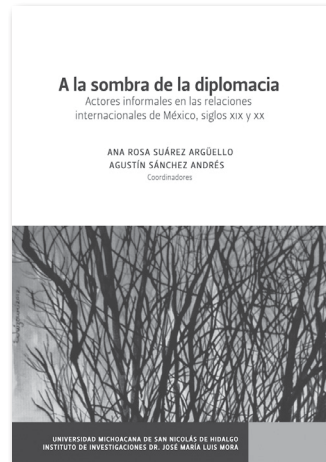


Sobre Ana Rosa Suárez Argüello y Agustín Sánchez Andrés (coords.), *A la sombra de la diplomacia. Actores informales en las relaciones internacionales de México, siglos XIX y XX*, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo/Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2017, 585 pp., ISBN 978-607-8116-73-7



Juan Cristóbal Cruz Revueltas
Instituto de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales
Universidad Autónoma del Estado de Morelos
jccruzr@me.com y jccruzr@mac.com

En uno de sus más célebres textos, el pensador que sin duda entendió mejor el escenario político mundial del siglo XX, el filósofo y sociólogo francés Raymond Aron, enfatiza que “las relaciones internacionales son, por definición, relaciones entre naciones”.¹ Haciendo eco al dicho atribuido a Napoleón, según el cual la política de un Estado está en su geografía; con el término nación o, si se prefiere en este caso, Estado, Aron entiende aquí cualquier colectividad política organizada territorialmente. De acuerdo con esta lectura, la realidad de fenómenos a una escala inferior, por ejemplo, la de los individuos, no es totalmente negada: el diplomático, como el soldado, son elementos de

¹ Aron, *Paix et guerre entre les nations*, p. 16.

las relaciones internacionales. Sí lo son, pero para Aron lo son a manera de representantes de las colectividades a las que pertenecen. Esta idea aroniana del Estado como el actor primordial en el espacio mundial se nutría, de manera coherente, aunque intelectualmente paradójica (puesto que está inspirada en quien se supondría su antípoda ideológica, Carl Schmitt) de la idea de que se trata de relaciones que, a fin de cuentas, son campos de fuerzas que oscilan entre dos extremos: por un lado, la paz; por el otro, la guerra. Máxime que son los Estados las unidades políticas que, en última instancia, son “las únicas dueñas de la decisión de combatir o no combatir”.²

La lectura propuesta por Aron es sin duda fértil. Partir del Estado como escala de análisis permite no solo pensar fenómenos mayores —y fundamentales, como la guerra— sino también hace posible concebir el espacio mundial como un conjunto coherente, es decir, como un sistema.

Es indudable que la visión *aroniana* pensada en términos de espacio ha nutrido, a su vez, la muy amplia reflexión posterior sobre la relación entre política y geografía. Reflexión que terminaría por adquirir el grado de disciplina de moda con la geopolítica. Sin embargo, ya el mismo Aron reconocía que su nivel de análisis tenía el defecto de marginar ciertos fenómenos y enfoques valiosos. En primer lugar, descuida fenómenos que se hallan en un nivel superior a los Estados, como pueden ser las religiones y las ideologías o también las empresas transnacionales; pero también lleva a dejar de lado las organizaciones “supranacionales” creadas por los mismos Estados, como pueden ser la ONU o la Corte Internacional de Justicia. En segundo lugar, también se pierden de vista los fenómenos a un nivel inferior al Estado, fenómenos “infraestatales”, que terminan,

.....
² Aron, *Paix et guerre entre les nations*, p. 20.

tarde o temprano, por impactar más allá de las fronteras, como pueden ser guerras civiles, flujos migratorios, epidemias o redes criminales.

Por nuestra parte, creemos que nada impide que el estudio de la sociedad mundial pueda enriquecerse también a partir de un enfoque histórico e incluso microhistórico (esa suerte de regreso a la manera en que Aristóteles entendía la historia como el estudio de lo particular). Y por la idea que las relaciones internacionales no solo se juegan en términos estatales de relaciones de mera fuerza, sino también por medio de una enorme variedad de relaciones informales que ponen en juego no únicamente las relaciones de fuerza militar, económica o demográfica, sino también el complejo entramado de representaciones simbólicas. Es decir, lo que hoy se conoce bajo la denominación de “poder blando” (*soft power*).

Ir más allá del nivel de análisis propuesto por Aron en el estudio de las relaciones que se tejen en el espacio mundial, a partir del caso de México, es justamente el propósito del libro *A la sombra de la diplomacia. Actores informales en las relaciones internacionales de México*, coordinado por Ana Rosa Suárez Argüello y Agustín Sánchez Andrés. Esta obra conjuga 19 ensayos de igual número de investigadores que han estudiado la historia de las relaciones internacionales de México desde lo que, a nuestro parecer, se antoja la perspectiva de lo que se podría denominar microhistoria e incluso desde la historia evenemential. Es decir, la historia general analizada a partir de un acontecimiento, de un grupo o de un personaje específico. Este interés por la mirada individual o por lo particular se explica por el hecho de que abre un enfoque hasta ahora poco trabajado. Sin embargo, la obra no parece ocuparse tanto de actores informales del tipo de un Peter Paul Rubens, que siendo un pintor que recorre las cortes de Europa hace, a la vez, labores diplomáticas. Más bien

parece interesarse por aquellos personajes que fungen como puentes culturales, económicos o políticos entre diversas sociedades. En un mundo de ubicuidad generalizada (gracias a internet), de imágenes y emociones universales e inmediatamente compartidas, nos es difícil, hoy en día, imaginar que en otras épocas no era evidente tener conciencia de otras realidades más allá de “nuestro mundo parroquial”. Como expone Nadia Nava, la mera existencia de un país como Finlandia se antojaba exótica y era mediada ante todo por los prejuicios (no extraña que los estereotipos nacionales hayan sido un ingrediente mayor de la iconografía del siglo xix y de principios del xx). También resulta compleja, en la actualidad, la importancia que tuvieron ciertos individuos o actores informales de la diplomacia para el conocimiento de las distintas realidades e imaginarios nacionales. La manera en como Michel Guillaume Jean de Crèvecoeur o Alexis de Tocqueville ayudaron al mundo a entender mejor la naturaleza de esa nueva experiencia política que era Estados Unidos, los británicos Alice Dixon y Augustus Le Plongeon contribuyeron a la difusión de la antigua cultura maya y a entender mejor la realidad histórica mexicana, tal y como lo describe el texto de Lorena Careaga (para hacerse una idea del impacto de este tipo de influencias, basta pensar en la larga serie de esculturas inspiradas en el Chac mool maya de uno de más célebres escultores británicos del siglo xx, como es Henry Moore). En otras ocasiones, estos actores contribuyeron más bien a reforzar estereotipos existentes y distorsionar la imagen de México en el exterior, como el conjunto de periodistas y escritores italianos de entre guerras estudiados por Franco Savarino, o del exterior en México, como en el caso de la idealización de la España franquista por el publicista conservador Jesús Guisa y Acevedo, como lo señala Carlos Sola.

El libro nos ofrece una abigarrada e interesante galería de personajes, entre aventureros, escritores, divulgadores culturales, financieros, mecenas, intelectuales, arquitectos y periodistas que contribuyeron a la creación de un imaginario mutuo entre México y el extranjero o a condicionar su inserción política y cultural en el seno de la sociedad mundial. Otro aspecto que aflora en la obra es el papel que jugaron las exposiciones universales y los juegos olímpicos con su función de vitrinas de un país frente al mundo, de proyección de su identidad nacional, de su pertenencia o no a “Occidente” o a la “Modernidad”; como instrumento ideológico en la demostración de los supuestos efectos benéficos de un determinado régimen político; o, aun, en la “lograda” inclusión de un país anteriormente relegado, al orden mundial. Los trabajos de Graciela de Garay o Patricia de los Ríos abundan en este aspecto.

Entre los ensayos que nos ofrece el libro, uno de los ejemplos más extremos de la incursión de un individuo en la escena internacional es el que nos muestra Harim Benjamín Gutiérrez con el insólito caso del líder guatemalteco Rafael Carrera. El ascenso al poder de este “presidente olvidado”, dirigente conservador de origen humilde que encabezó un movimiento de indígenas y campesinos y jugó durante tres décadas un papel prominente en la política guatemalteca. El trabajo de Gutiérrez Márquez se interesa, en particular, en el periodo en el que Carrera se asienta en Chiapas, hecho que aviva el miedo a la guerra de castas en ambos lados de la frontera, pone en duda la relación entre Chiapas y el gobierno central mexicano y pone a prueba el juego diplomático entre México y Guatemala.

En el trascurso de la obra no deja de aflorar la tensión entre el manejo de diferentes niveles de análisis. En un primer momento pareciera focalizarse en individuos

sobresalientes, pero la misma narrativa de los autores termina por hacer patente que esos personajes son, con frecuencia, dependientes de redes o actores sociales más amplios. Esto vale, por ejemplo, para el caso de Julio Limantour, que estudia Laura Muñoz, y probablemente también para el del doctor Eduardo Liceaga, presentado por Ana Rosa Suárez. Cabe preguntarse si el individuo Limantour habría sido alguien sin las redes familiares y complicidades de la elite porfiriana. Algo análogo se puede preguntar uno, incluso ante un personaje como Carlos Prieto Fernández, estudiado por Adriana Gutiérrez, cuya trayectoria está estrechamente ligada al nudo de relaciones que se cristalizan en el Casino Español. O también, desde una perspectiva hegeliana, el individuo puede perseguir obstinadamente sus objetivos para terminar sirviendo involuntariamente a otro fin, como en el caso de Benjamin Lundy, abordado por Gerardo Gurza, con su idea de instalación en territorio mexicano de los esclavos liberados en Estados Unidos que, a la postre, sólo incidirá en el debate político cuando sus escritos lleguen, de manera inesperada, a manos de John Quincy Adams.

Otro aspecto interesante del libro es el estudio de las complejidades del análisis de los grupos de presión a la hora de incidir en las relaciones entre los Estados. Un aspecto que desarrollan perfectamente varios especialistas. De este modo, Agustín Sánchez aborda con detalle la manera en la que los sectores dirigentes de la colonia española condicionaron las relaciones del México decimonónico con España; Rubén Ruiz analiza el papel poco conocido de los misioneros metodistas como voceros de la Revolución Mexicana y Fabián Herrera estudia el caso de la burocracia internacional de la Organización Internacional del Trabajo.

En fin, la obra coordinada por Ana Rosa Suárez Argüello y Agustín Sánchez Andrés abre, sin duda, un

horizonte fértil en el campo de las investigaciones sobre la historia de las relaciones internacionales de nuestro país y no solo de él. Por lo demás, en una época en la que la sociedad mundial se ha hecho más compleja, más sujeta a interacciones cada día más intensas y se ha vuelto, paradójicamente, más inasible; frente a la creciente politización de las narraciones nacionales (China en relación con el Tíbet, Rusia con Ucrania, con las exacerbaciones de los nacionalismos regionales en Europa...) y ante la brutalización del lenguaje diplomático (a la manera de un Donald Trump); la objetividad o, al menos, la mirada imparcial y sosegada de los historiadores, como la que nos ofrecen Ana Rosa Suárez y Agustín Sánchez, es cada día más necesaria.